

Historia de los Caballos del Vino

Festejo este, cuyo origen se liga al ritual más importante de nuestra fiesta, después del Baño de la Cruz en el agua. Hablamos del Baño del vino, el cual surge hacia el S.XVII, unos años antes de que comience la Bendición de las flores. Se celebran ambos ritos, en la actualidad, simultáneamente en la mañana del día 2, justo antes de que se inicie La Carrera de los Caballos del Vino.

La unión de Carrera y rito tiene su explicación y sentido, como casi todo en esta fiesta. En aquel tiempo, Caravaca, era tierra de vides y ganadería. Este vino era transportado en pellejos al lomo de los caballos desde las distintas fincas y haciendas hasta el Castillo. Poco a poco la rivalidad aumenta y se persigue que la Cruz bendiga estos vinos el primero, antes que nadie.



En el Alcázar la reliquia se sumergía en recipientes que numerosísimo público llevaba consigo, bebiéndose allí simbólicamente y guardando el resto para todo el año, como líquido especial y consagrado.

Una leyenda tradicional pone el origen del festejo en el S.XIII, cuando estando la fortaleza sitiada por los moros, unos caballeros Templarios rompen el cerco y se dirigen al Campillo de los Caballeros (en el campo de Lorca). Allí cargan los pellejos de vino al lomo de sus corceles, al no poder conseguir agua potable. A la vuelta vuelven a burlar la barrera musulmana, y bendiciendo el vino con la Cruz, llena de fuerzas a los cristianos que consiguen derrotar a sus oponentes.



Sin duda Bendición de Vino, de las Flores y Caballos del Vino responden a una simbiosis de espacio y tiempo, enclavada en el mes de las flores y ligadas al sentido religioso de la Cruz.

Su origen es un tanto dudoso, apareciendo su primera mención escrita en el 1881, pero es claro que existen desde tiempo anterior. Podemos encuadrar el inicio del festejo como tal entre 1820 y 1840.



En su evolución distinguimos cuatro etapas, tal y como relata Pedro Ballester Lorca en su libro “Caballos del Vino”.

La primera, Años anteriores a 1936, no se cronometra la carrera, sino los premios se concedían a petición del propio público que abarrotaba la cuesta, por lo que las disputas eran muy acaloradas. El “pique” llevaba a repetir la carrera en “el hoyo”, e incluso, una tercera vez en los Andenes.

El primer premio era “simbólico”, para todos los participantes había una arroba de vino y un duro. El líquido era repartido entre aquellas personas que habían prestado algún objeto para vestir al caballo, esto era, mantones, colchas o tapetes con madroños.

La segunda etapa (1939-1955), año este último que aparece la primera vestimenta bordada totalmente en todas sus piezas.



La era de posguerra fue dura y difícil en todos los ámbitos de la vida española y por tanto eso también se refleja en la fiesta, intensificándose la crisis por el robo de la Cruz. Es en el 42, con la llegada de la nueva reliquia cuando comienza el resurgimiento de la fiesta, que va a ir poco a poco a más, siendo el 45 el año más importante desde la guerra.

Es el tiempo de los “Rabietas”, “Faralás”, caballo de “Santa Ines” y por supuesto el de la Michelena, mujer vasca pero casada con un Hermano Mayor de esta Cofradía, inteligente, millonaria y enamorada de esta tierra. Se decide a sacar su propio caballo, ella misma lo dibuja y lo pinta. Fue verdaderamente un revulsivo para la fiesta al unir alegría y buen gusto.

En el 47, siendo Hermano Mayor Diego Giménez, se constituye oficialmente el premio de carrera y enjaezamiento, otorgándose tres premios. Por primera vez se cronometra La Carrera, en la medida de lo posible, siendo el Tio de la Pita, el encargado de dar la salida con sus famosas notas musicales.

De aquí hasta el 55 La Carrera irá perdiendo en importancia frente al premio de vestimenta.

Son los comienzos, la semilla que hasta nuestros días llega, la supremacía de los bordados, de la belleza frente a la fuerza de La Carrera. Llega hasta puntos increíbles y vergonzosos en la década de los setenta, donde algunos caballos se niegan a correr la cuesta porque pueden descomponer sus ropas. La subcomisión obliga entonces, a correr a todos los caballos con la amenaza de su no inclusión en el premio de enjaezamiento.



En esta tercera etapa del cincuenta y cinco hasta el setenta y dos, se suceden en la cabeza tres caballos; “el del hoyo”(que borda por primera vez toda su ropa),”el de la calle larga”(también llamado el de “Arturo”) y “el de los arañas”. Tiene éxito la innovación en la vestimenta de los caballista del Arturo, totalmente blanca en el cincuenta y siete. Como sabemos, anteriormente, además de la camisa blanca y pañuelo rojo, vestían con chaleco y pantalones negros.

Así durante la década de los 60 se reparten éxitos, pero con un protagonista claro, “el Panterry”, antiguo caballo de la calle larga. Es el resurgir de la fiesta, la participación es mayor, moros y cristianos acompañan ya el día dos a los Caballos del Vino, estos se constituyen en subcomisión, se crea el típico arroz del Hoyo (se come este día “de gratis” en dicha plaza), sale la madrina del Bando de manera oficial.



Como curiosidad, citar que se cambia el sitio del “sorteo de los números”, pasando de ser el mismo día dos en el Templete, al domingo anterior a la fiesta. Posteriormente al 72, viene un acontecimiento clave en el devenir posterior de la fiesta. La constitución de la primera Peña Caballista, es el “Pura Sangre”. Si bien es cierto que el “Júpiter” había hecho una primera intentona, son estos los pioneros y quienes un año más tarde, en el setenta y cinco, ganan un primer premio tras una dura pugna con “el profesor”. A partir de aquí proliferan las peñas, recordemos que antes, se tenía la idea de caballo y sus cuatro caballistas, no ya de un grupo de gente con estatutos, cuotas, etc....



Ya entrados en los años 80, las peñas se generalizan destacando el Fogoso, Terry, Pura Sangre, Zambra, Solterón, Mayrena, Santa Inés. Es tiempo de enjaezamiento, la Carrera está sumida en un profundo letargo, eclipsada por la ferviente competencia generada en los ropajes. El equilibrio está roto.

En el ochenta se celebra el primer concurso de Caballo a Pelo, vigente hasta nuestros

días, premiándose al “mejor caballo”. Entre comillas porque sus bases son implícitas, no escritas, y solo conocedoras por la gente inmersa en la fiesta. Además se inicia la Romería Caballista, la Feria del Caballo y actos culturales, como la primera semana de exaltación al caballo.



Pero es necesario esperar hasta la década de los noventa para ver renacer la carrera con renovado esplendor, cuando gracias a la nueva sabia, a gente muy joven, comienza a olerse de nuevo en Caravaca la tierra que los caballos levantan en sus veloces carreras hacia el Castillo. La participación de peñas como Terremoto, Berea, Calesera... y por supuesto Minipúa, todas estamos apostando muy fuerte por conjuntar carrera y manto, por recuperar esta parte de la fiesta que nos pertenece.

En estos años, los mantos siguen en evolución, mejorando año tras año, pero es la Carrera la que crece en mayor proporción. Cada año son más las peñas las que optan al máximo galardón, más jóvenes que retoman la tradición. Es, sin duda, el mayor avance que se produce en la Fiesta en esta última parte de siglo.

Nos dejamos en el tintero acontecimientos como los años jubilaes del 81 y 96, su posterior concesión In Perpetuum, el monumento al Caballo



del Vino, la expo 92... y tantos otros, Es imposible resumir los tres siglos de Fiesta en unos pocos epitafios.

Los Caballos del Vino son mucho más que textos o libros que encierran como una cárcel a palabras que necesitan de libertad, de fuerza, cargadas de sentido y sentimiento. Sentido porque todo en Caravaca está en relación con la Stma. Y Vera Cruz, y el Sentimiento porque preceden de lo más profundo de la persona, en aquel hueco en el que solo caben las cosas de verdad, las auténticas.

